

¿DE DONDE LOS SACO?

FN general puedo decir que para crear los personajes de mi narrativa necesito un asidero real y sobre él fraguo la razón de mis novelas y cuentos. No todos los personajes extraídos de la realidad, dan de por sí una narración, siendo necesario agregarles complementos concomitantes, ya sean de ambiente o psicológicos. Conseguida la fisonomía espiritual de un personaje, es relativamente fácil apoderarse del mismo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias, dentro de ciertas limitaciones de orden estético y de composición.

En lo que respecta a mi primera novela Historia de un pequeño funcionario (cuya segunda edición se encuentra en prensa) fue escrita a hurtadillas de las horas oficinescas, casi frente a mis propios modelos que eran compañeros de labor, hace ya cuarenta años cuando cumplí mis tareas de Auxiliar en la Jefatura de Policía y más tarde en la Alcaldía, especie de Cárcel Preventiva que aún subsiste.

Quise escribir una novela sin líbido, ni paisaje, de ambiente burocrático y tenía ante mí un mundo adecuado a mi ambición. El personaje central, don Santiago Piñeyro, lo elegí por el contraste que ofrecía su lenguaje engolado, salpicado de expresiones jorenses, con la humildad de su cargo de simple Escribiente Adjunto. Este contraste me cautivó y le conocí de cerca hasta abarcar el cuadro de su vida familiar, nada edificante por cierto y con visos de dramática. Concebí una novela realista, pero en tono de farsa, propio para desarrollarla en ella, cierto humorismo zumbón y travieso contra la burocracia en su faz improductiva. De ahí que como personajes complementarios tuve que buscar a los más caracterizados, por sus rasgos típicos y peculiaridades personales dentro de aquel amorfoso conglomerado administrativo. El aspirante a jubilado, el solapado cómero, el que llega a la jubilación en plena posesión de sus facultades, un secretario barrigón amigo de la paz, un cojo y miopo celoso de cuantos quieren hacer valer defectos físicos para llegar primero al oasis de la jubilación y un jorobado travieso y candoroso que no podía faltar para que el sabor de farsa fuese completo. Y otros personajes y personajillos para animar la ficción novelesca, intercalados en los distintos episodios de la obra, de 166 páginas, y todos reales.

La vida oficinesca de todos los días había que objetivarla y darle un sentido estético en la novela, desbrozándola de incidencias banales, para abarcar un conjunto armonioso y vivo. Un subjeje, que era amigo mío, solía reclamar, mientras yo componía mi novela: —¡Silencio que Manuel de Castro está escribiendo! Y con toda solícitud me alcanzaba immaculadas hojas en blanco. El también era un personaje de mi obra con sus desplantes y dicharachos.

El final de la novela no lo veía nunca bien resuelto y se me ocurrió, después de muchos desvelos, intercalar, dentro de las tribulaciones que padecía el personaje central, una "locura administrativa" que lo llevó hasta el Hospital Vilardebó, dictando órdenes a un supuesto secretario. Todo este episodio está inventado, sobre personajes reales.

Uno de los personajes de la novela a quien le mostraron la obra una vez publicada, expresándose que había allí una caricatura de su persona, al leer los primeros párrafos, exclamó: —"Este no soy yo, pues aquí habla de un hombre pelirrojo, de nariz repingada y yo tengo el cabello negro y la nariz achatada". Por suerte no le dio por seguir más adelante donde se decía: "tras de su mirada se adivinaba una imbecilidad insondable".



En lo que respecta a El Padre Samuel, el cuadro novelesco cambia radicalmente, pues es una obra escrita sobre recuerdos de infancia y donde adquiere mayor corporeidad la figura de mi padre el presbítero Manuel de Castro y Cobas, a quien debía tratar de tío para evitar dudas suspicacias. Esta obra tiene un carácter marcadamente autobiográfico y su acción transcurre en España, Chile y Uruguay. Alrededor de su figura, no muy severa en disciplinas canónicas, surgen una serie de personajes, generalmente gallegos, alegres y risueños que conocí en mi infancia. Todos eran proclives a la buena mesa y al vino en cuncas. Los personajes de España los compuse por medio de tradiciones familiares que llegaron a mis oídos y en cuanto a los arrancados a la vida chilena, donde mi padre ejerciera su sagrado ministerio, fueron extraídos de la realidad viviente, tanto los que se relacionan con los de la ciudad de Concepción como los de Victoria, poblaciones del Sur de Chile.

Alrededor de las tribulaciones de mi padre (dejó la carrera eclesiástica para casarse y de viudo, por amor a mi madre, la adoptó de nuevo) giran una serie de personajes complementarios, gallegos y chilenos, que dan a la novela cierto sabor picaresco. Pero todos son reales, aunque la evocación los idealice a la luz tamizada del recuerdo. El final de la obra termina en Montevideo en una casa gallega de la calle Isla de Flores, allá por el año 1908 y cuyas costumbres y personajes están vistos de cerca por el sobrino del cura que, al final de cuentas, es el propio autor de El Padre Samuel.

Oficio de vivir, mi novela más abigarrada en acción y personajes, sigue la trayectoria de El Padre Samuel, aunque con valor independiente. Es más francamente picaresca que aquella, según lo requiere su temática. Se describen allí las penurias, alegrías y tribula-

ciones de un mozo en orfanjád, llevado de aquí para allá por las crueles alternancias de la vida. La acción transcurre en Uruguay, Argentina y Brasil y casi todos los personajes son extraídos de los diversos ambientes —ya urbanos • campesinos— en que actuó el protagonista principal: la torería trashumante que afloró por el Uruguay allá por 1910; la última chirimada revolucionaria coincidiendo con la llegada del cometa Halley; la pulpería de campaña; los innumerables oficios del protagonista principal; los Cafés literarios de principios de siglo; el advenimiento del anarquismo al Uruguay; la vida cuartelera; la existencia del llamado "Barrio Bajo", y finalmente el ingreso del protagonista a la burocracia, a temas que arrastran de por sí, a innumerables personajes de variados indole arrancados de la realidad e incrustados en la ficción novelesca. Todos emanan de un conocimiento directo de sus hábitos y costumbres.

En cuanto a los primeros decretos que aparecen en la novela, tuve fácil acceso a ellos en su típica variedad, a través de mi cargo de Bibliotecario del Centro Internacional de Estudios Sociales, foco del anarquismo en Montevideo a principios de siglo. Sólo tuve el trabajo de cambiarles los nombres y confórmarlos a la índole de mi obra.

De los personajes de mis cuentos y relatos, diré que "Tatasa", prostituta y capulosa heroína de arrabal, la traté en el Barrio Bajo y en la Alcaldía de Policía donde yo era empleado y ella reincentada reclusa de la Cárcel Preventiva. En cuanto a "Guadaña", protagonista del relato Necrofilia, lo conocí en la vida periodística, donde él llevaba la Sección "Necrológicas" y, además, asistía a todos los velatorios que se efectuaban en Montevideo, multiplicándose en su funebre menester. Los personajes del cuento Humo en la Isla y también su asunto, los compuse siendo cronista en un diario capitalino de la Sección "Tribunales" y basado en un hecho insólito ocurrido en una de las islas del Río Uruguay. Y en lo que atañe al cuento policial El enigma del Ofidio, fue totalmente inventado sobre la base de una relación oral que me hiciera un comerciante andaluz, entre copa y copa de manzanilla, en un bar céntrico de Buenos Aires. En fin, yo prefiero los personajes y las peripecias, con los cuales he tenido alguna relación directa o indirecta, y en ambientes bien diversificados, sin menoscabo de aquellos que son producto de mi propia imaginación. En eso estoy...